

Pero dejadme proseguir en mi propósito. Mientras me hallaba desesperado por las repulsas del rey, mi querido hijo Rodrigo se enamoró de doña Sol de Híjar, que había visto en un paso de armas en Tordesillas, en donde Rodrigo quedó vencedor en el torneo. Esta alianza era cuanto yo podía desear: doña Sol es parienta del infante don Enrique, hermano del rey de Aragón; y además era linda, prudente y valerosa, cual convenia á la muger de un caballero. Rodrigo la idolatraba y doña Sol no desdénaba su amor; sin embargo, el infante don Enrique jamás quiso oír ni consentir que su sobrina se casase con un castellano: consentia solo en este matrimonio á condicion de que el castillo de Atienza recibiese una guarnicion aragonesa, y que mi hijo y yo hiciéramos pleito homenaje de obediencia y fidelidad á su hermano el rey de Aragón. Rehusamos desde luego; empero yo veia desfallecer lentamente á mi hijo y secarse cual un árbol falto de jugo, buscando en los combates la muerte, y solo por milagro escapó de los peligros que desafiaba con encarnizamiento. Este estado de cosas me afligia y destrozaba el alma. Rodrigo es mi único hijo y jamás padre alguno ha tenido un hijo mas hermoso, mas noble y mas valiente. Además, veia la ingratitud del rey de Castilla y su comportamiento me libraba de mis juramentos: á mí no me podia sujetar un contrato que conmigo violaban abiertamente. Por último, casi arruinado por la guerra de tantos años que hacia y sostenia por mis solos recursos, esta alianza podia restablecer mi fortuna... ¿Qué quereis que os diga, padre mio? Mi hijo se casó solemnemente con doña Sol de Híjar á presencia del infante don Enrique y todos los caballeros aragoneses.

Al llegar á este punto de su relacion parecia que el conde apenas podia mantenerse en su sitio. Púsose á pasear á grandes pasos por el vasto salon, y despues de un momento de silencio volvió á dejarse caer sobre su alto sitio.

—Os lo digo, padre, continuó con una voz ronca, con toda vuestra sabiduría de clérigo y vuestro piadoso lenguaje, jamás me podreis probar que hubiera debido obrar de otro modo... Reverendo padre Benito, continuó despues en tono mas tranquilo, ya sabeis lo que ha resultado de este matrimonio. Al saber el rey de Castilla lo que él llama felonía, se ha encolerizado violentamente, y mis enemigos, especialmente ese malvado don Alvaro, han atizado el fuego del odio. Además, la posesion de mi castillo, situado en la frontera de Castilla y Aragón, es de la mas alta importancia. Así es, que el rey don Juan II ha venido en persona á sitiarme con numerosa hueste, sin separarse de su lado don Alvaro de Luna, el que hallando harto fácil la empresa y para comenzar á educar á su hijo en las fatigas de la guerra, lo ha traído consigo á pesar de que solo cuenta la edad de diez años. Se han alojado en la villa, en la iglesia de la Santa Espina, donde vuestros religiosos, que todo lo deben á los beneficios de mi familia, les están festejando y orando tal vez por la victoria de sus armas y la destruccion de mi casa. El rey ha encargado á don Alvaro de Luna el sitio del castillo, y don Alvaro lo hace á las mil maravillas como podeis ver, porque no nos deja descanso ni de día ni de noche.

Felizmente mi valiente Rodrigo, que me sirve de teniente, se multiplica de un modo maravilloso para prolongar la resistencia, mientras que su gentil y esforzada muger escita nuestras gentes á defenderse con sus palabras y su ejemplo. Doña Sol es para nuestros heridos una Providen-

cia, y no hallareis un arquero en el castillo que no ponga diez veces la vida por complacerla. Así es que tenemos hace dos semanas contenido al rey de Castilla y lo mejor de su ejército delante de nuestros muros. Palmo á palmo les hemos disputado los arrabales de la villa hasta tener que encerrarnos en el castillo. A punto ha estado de encontrar aqui la muerte don Alvaro de Luna. En una de las salidas que hicimos, al replegarnos, se adelantó tanto el condestable, que si cuatro de sus pages, á quienes aquel mismo día antes de la batalla habia armado de caballeros, no le hubiesen seguido y retirado herido en la cabeza y el hombro, aunque á su pesar, hubiera caído en nuestro poder sin el refuerzo de aquellos denodados donceles. Entonces fué cuando marchando él siempre detrás de los suyos cubriendo su retirada, un hombre de armas se le acercó y cogió las riendas de su caballo. Ibamos á hacerle prisionero; pero un tajo de la espada de don Alvaro derribó al suelo el brazo del que le detenía y continuó su camino. Apenas se aplicó los primeros remedios á sus heridas, que desgraciadamente eran leves, volvió inmediatamente á la batalla para reanimar á sus gentes y se apoderó de la villa. En el mayor apuro, temiendo quedarnos sin agua para apagar la sed, hemos cortado los corbejones á los caballos que aqui nos eran inútiles y los hemos arrojado fuera del castillo.

—Verdad es, señor, que os estais heroicamente defendiendo, dijo el capellan meneando la cabeza. Sin embargo, no vais á poder permanecer firme mucho tiempo por falta de provisiones.

—No es eso, reverendo padre, lo que me da mas cuidado, dijo el conde con tono sombrío; lo que me desespera mas que nada es que probablemente no puedo contar con socorro exterior. Un mensaje he enviado al infante don Enrique á Zaragoza; y ninguno he recibido yo, lo que me hace creer que el mensajero ha muerto en el camino y que el infante de Aragón ignora todavía nuestro peligro. Además, continuó, está en este momento tan lejos de nosotros que no podrá llegar á tiempo de desembarazarnos de las bandas de los de Castilla.

Estas noticias que con el mayor misterio se habian ocultado á la guarnicion del castillo, alarmaron al buen capellan, y replicó con una voz trémula:

—Y bien, señor, ¿por qué no tratais todavía de ver de concertaros con el rey? Yo sé que le habeis enviado un heraldo y que no habeis recibido respuesta satisfactoria; tal vez os saldria mejor una segunda tentativa.

El conde de Palazuelos se puso mas sombrío y triste todavía.

—Padre Benito, replicó, escepto mi hijo, nadie ha sabido la verdad de lo ocurrido en ese primer mensaje... No querian dejar penetrar en la iglesia de la Santa Espina á mi heraldo para que viese al rey; pero era tan leal y buen servidor que logró llegar hasta la presencia de don Juan II. Recibióle éste con altivez, y duras fueron sus palabras. Díjole que mi hijo y yo no debíamos esperar nada de su clemencia, que éramos felones, desleales y traidores: que entraría en el castillo por la brecha que abriría y nos haría cortar la cabeza despues de habernos degradado de la nobleza y la caballería. Despues de estas terribles palabras; despidió á el heraldo advirtiéndole que si cualquier otro era bastante osado para volver con nuevo mensaje le haría ahorcar de un árbol sin quererle oír. Ya veis, padre Be-



nito, que no puedo seguir vuestro consejo: el servidor que aceptare mi mensaje, perdería seguramente la vida. Además don Alvaro de Luna es el que manda el ejército y no permitirá que nadie de los míos se acerque al rey.

No encontraba ni una palabra que responder á esto el padre Benito. Hasta entonces no había sabido sino imperfectamente la gravedad de la situación, y las confianzas completas del conde le habían llenado de terror. Dejó caer su cabeza en sus manos, y permaneció así confundido y anonadado. Poco después el conde se puso en pie.

—Ahora no dudareis ya, añadió el conde, de que toda esa historia de mi tatarabuelo don Alvaro de Palazuelos sea una invención de algún fraile ocioso, porque jamás el nombre de Palazuelos se ha hallado más próximo á perecer. Pero en el embarazo en que me encuentro no debo contar con el apoyo de Dios, de buena gana aceptaría la intervención del diablo con tal de que me fuera favorable.... Os ruego, pues, padre Benito, que subais conmigo á una de las almenas de la torre; la noche está hermosa y podreis consultar los astros cuya influencia me es tan contraria hace tiempo. Tal vez seremos más felices esta noche.

El monge se ocupaba á veces de la astrología judiciaria á que eran las gentes tan dadas en aquella época. El conde había muchas veces recurrido á los conocimientos del capellán en aquella problemática ciencia; hasta le había hecho disponer sobre la plataforma del castillo una especie de observatorio, desde donde el monge podía seguir con facilidad el silencioso curso de las estrellas. La petición del conde no podía por consiguiente sorprender ni ofender al religioso. El padre Benito se ruborizó ligeramente y respondió con impaciencia apenas contenida:

—Ya os he dicho muchas veces, señor, que la astrología era una ciencia divina y no diabólica; no es el espíritu maligno sino Dios el que gobierna el mundo y el universo. Si la situación de las estrellas me permite hacer pronósticos sobre los sucesos futuros es por la voluntad de Dios que ha puesto una relación precisa entre los cuerpos celestes y los destinos de los mortales. Así habeis pensado muy mal en atribuir al enemigo del género humano....

—Y qué me importa todo eso, reverendo padre! le interrumpió el conde en el colmo de la desesperación; que esa ciencia proceda de Dios ó del diablo, me es igual si es verdad. Mirad, continuó con aire estraviado, si el mismo Satanás se presentase ahora mismo, de repente, delante de mí, y me propusiese salvar mi nombre y mi casa, aceptaría su socorro aunque fuese á costa de mi alma.

Apenas acababa de pronunciar esta blasfemia, cuando pareció que el cielo quiso castigarle. Sonó un agudísimo silbido por la parte de afuera, rompióse una ventana cayendo en pedazos, y una gran flecha, rasgando los aires, vino á clavarse en la pared entre el conde y el capellán al otro extremo del cuarto, haciendo saltar pedazos de yeso y madera en todas direcciones. Oscilaron las luces y cayó al suelo uno de los trofeos de armas que se hallaba colgado en la sala. En medio de aquel desorden y estruendo, el señor de Palazuelos permaneció silencioso; empero el capellán lanzó desaforados gritos que produjeron la alarma en todo el castillo.

(Se continuará en el número inmediato.)

EL CONDE DE FAERAKER.

## LIMA.

Lima, capital del Perú, es la única ciudad de la América que en nuestros días ha conservado un carácter de originalidad bien marcado. A pesar de sus relaciones permanentes con las repúblicas inmediatas, y la afluencia continua de extranjeros de todas las naciones, tiene costumbres, usos, formas de arquitectura peculiares que no se encuentran ni aun en la ciudad del Callao, distante algunos kilómetros apenas de ella, y construida á orillas del mar para servir de puerto á la capital.

Lima, sin embargo, no ha rechazado todos los usos nuevos ni todas las ideas de progreso, tanto, que existen pocas ciudades en que los elementos más heterogéneos estén en más inmediato contacto: podría decirse que en Lima viven muchos siglos juntos sin tropezarse.

Si los temblores de tierra y las discordias civiles no hubiesen proseguido con encarnizamiento la obra de destrucción, Lima sería hoy la más hermosa y la más rica de las ciudades de la América Meridional; empero todos los días una revolución que se hace siempre para un individuo, jamás para un principio, viene á detener y á entorpecer la marcha de los negocios comerciales. Quintas continuas de hombres arrebatan los brazos necesarios á la explotación de las minas; una administración viciosa é incapaz, malversaciones de todo género obstruyen, agotan y dilapidan el tesoro público.

En medio de este desorden, la ciudad edificada sobre un suelo convulsivo se resquebraja y llena de grietas, y caen ruinas á cada nuevo sacudimiento, á cada oscilación. Las iglesias y los monasterios, únicos monumentos que manifiestan todavía su antiguo esplendor, dejan perderse las ricas molduras en estuco que los rodeaban, y se ven aparecer acá y allá como al través de una caja agujereada, las cañas y la madera de su armazón.

El extranjero solo es el que deplora el triste destino de aquella ciudad tan opulenta en otros tiempos, y piensa con dolor en la rápida marcha de su decadencia.

En cuanto al pueblo de Lima, se ocupa en hacer revoluciones: algunos viven, la mayoría es engañada, pero pocos mueren, porque es preciso decirlo, desde los hechos brillantes de la guerra de la Independencia, la mayor parte de los encuentros y combates que han tenido por tal ó cual pretendiente, han sido poco mortíferos, y se sospecharía casi que sus partidarios habían comprendido lo poco que valen las gentes por quienes combatían, y que no tomaban el asunto en serio.

Se halla situada Lima en el fondo de una llanura á ocho kilómetros del mar, al pie de montañas que forman los primeros escalones de la cordillera de los Andes. Francisco Pizarro la fundó en el reinado de Carlos V, el día de la adoración de los Santos Magos, de donde le viene, según Garcilaso de la Vega y Herrera, el nombre de *Ciudad de los Reyes* que se le dió en un principio.

Como en todas las ciudades cristianas, el primer monumento cuyos cimientos se abrieron fué una iglesia: después se dividió el terreno en *cuadras* ó cuadrados, de unos 125 metros de costado por la mayor parte, sobre los que debían edificarse las casas. Estas *cuadras* se abrieron aisladas por



largas calles. El juicioso trazado de este plan evitó la formación de las callejuelas estrechas y tortuosas que ordinariamente se hallan en el centro de las grandes ciudades.

Lima se halla edificada en semicirculo sobre la orilla izquierda del Rimac, que corre del Este al Oeste. Un muro flanqueado de treinta y cuatro bastiones, rodea la parte que no está cercada por el río. Este muro comenzado en el virreinato del duque de La Palata, fué terminado en 1685. Está construido con adobes ó ladrillos formados de tierra sin coquer, y de paja molida, cuya mezcla se hace secar al sol. Sobre la orilla izquierda del Rimac, se encuentra el inmenso arrabal de San Lázaro. Un ancho puente de piedra lo pone en comunicacion con la ciudad. Tiene este puente cinco arcos y otros tantos andenes triangulares, que colocados en contra del río, están destinados á romper su corriente. En los ángulos entrantes que forma el parapeto siguiendo las sinuosidades de estos andenes, se han dispuesto bancos donde los habitantes vienen por la tarde á respirar el aire refrescado por la inmediatecion del agua. A la estremidad al Sur del puente se alza un gran pórtico de elegante arquitectura, lleno de adornos en estuco. Esta salida monumental de la ciudad, fué construida en 1613 en el virreinato del marqués de Montes Claros.

El primer aspecto de las calles de Lima, produce sobre el viajero una impresion bastante poco agradable. Las mas hermosas casas no tienen fachada sobre la calle; casi todas están edificadas en un patio en donde se entra por una puerta cochera, y frecuentemente por un pórtico, en el interior del cual se han pintado groseramente al fresco asuntos de la Santa Escritura, escenas mitológicas, y paisajes de una perspectiva imposible. Las casas que dan á la calle no tienen mas que escasas ventanas en el piso bajo: en todo lo largo del piso principal reina un balcon pintado de verde, y parecido por la forma á una barandilla esculpida y pegada en la pared. Este balcon está herméticamente cerrado por puertas con celosías de madera, que cuando se quiere echar un vistazo á la calle se corren y levantan al arbitrio de uno por dos ranuras, y frecuentemente se echan hácia el exterior como nuestras persianas de cortina.

La pared del piso bajo está ordinariamente construida de ladrillo: cañas entrelazadas cubiertas con una sólida capa de yeso forman los tabiques de los compartimientos superiores; los pilares y otros adornos de arquitectura, un arazon de cañas cubierto de arcilla pintada de color de piedra. Los techos son lisos y de débil construccion; se componen de ligeras vigas trasversales, sobre las que se estiene un cañizo de estera grosera que reviste todo el interior, y el exterior se compone de una simple capa de cal, indispensable para interceptar el paso del sol, del aire y de la humedad. Digámoslo de una vez á fin de que se pueda comprender la inutilidad de los techos pesados, y es que no llueve jamás en Lima, y que las nieblas que cubren la atmósfera en ciertas épocas son impotentes para atravesar las cubiertas cuya descripción hemos dado.

Muchas casas tienen techos mas sólidos con un objeto de agrado y de utilidad. Entonces les sirven de *parterre* para cultivar flores y para secar la ropa, y de observatorio para los curiosos. La misma manera de construccion se ha adoptado para los edificios mas considerables. En las iglesias, los campanarios y los belvederes, la obra de albañilería no se emplea sino cuando es indispensable; todas las partes

superiores son de madera y de caña. La madera y el estuco pintados de modo que imiten perfectamente la piedra, concurren así á formar las molduras, las cornisas y muchas especies de adornos. La estrema ligereza de estos edificios, la conexion íntima de los materiales que los componen, les ofrecen mas medios de resistir á las frecuentes oscilaciones y sacudimientos de los temblores de tierra, porque no oponen ninguna resistencia, y ceden en todo su conjunto al movimiento de oscilacion que les imprime el suelo.

En la época de la guerra de la independencia poseía Lima veinte y dos conventos de diferentes órdenes religiosas; diez y siete monasterios de mugeres y cuatro casas de beatas, nombre que se daba á las mugeres que vivian santamente en comunidad en el retiro, sin pronunciar votos solemnes. Estas casas, de las que algunas se hallan hoy abandonadas, se van cayendo en ruinas; tienen todas su iglesia, y algunas de ellas capillas, lo que multiplica considerablemente el número de edificios consagrados al culto divino.

Contenia la ciudad ademas diez hospitales agregados á algunas obras de beneficencia, y por último muchos colegios.

Delante de las iglesias principales existe una plaza que lleva el nombre del santo á que está dedicada la iglesia.

La mayor de estas plazas se halla situada en medio de Lima, comprendiendo el arrabal de San Lázaro, y lleva el nombre de Plaza Mayor. Sobre el lado oriental se alzan la catedral y el palacio del arzobispo; en el del Norte se halla el palacio del presidente de la república. Los otros dos lados se hallan ocupados por casas particulares, cuyo piso superior adornado de balcones está coronado por una serie de arcadas elegantes. El piso bajo forma galerías donde los comerciantes, europeos en la mayor parte, esponen sus géneros con arte. Entre las columnas se colocan ramilletes, pasamaneros que trabajan el oro, la plata y la seda para hacer insignias piadosas, ó botones, ó franjas. Los indios, muy diestros en este género de industria, la han acaparado, y dado su nombre á una de las dos galerías ó portales, que se llaman *Portales de botoneros*.

Diez escalones de piedra levantan la catedral sobre la Plaza Mayor. El pórtico y los dos campanarios son de una arquitectura muy elegante; pero los chafarrinones de muchos colores que cubren enteramente el edificio dañan á su efecto en general. El coro colocado en medio de la iglesia ocupa casi toda la estension de la nave, y es necesario penetrar en él para descubrir el altar mayor, espléndidamente decorado y cubierto de planchas de plata. Las sillas y las maderas del coro están enriquecidas con cuadritos de un gran trabajo. Los adornos de la bóveda, los de los frisos, son de madera y de estuco. Se ven todavía en la iglesia las verjas y balastradas de hierro dorado de gran valor. Durante las fiestas solemnes desaparecen enteramente las paredes cubiertas con magníficas tapicerías, y se ostenta en el servicio divino un lujo inaudito en vasos sagrados, y en vestiduras de brocado, en donde el oro y la plata resplandecen con la luz de mil cirios.

El palacio del presidente no tiene fachada del lado de la plaza. Su entrada principal se halla en la calle de Fierro Viejo, que conduce al puente de Rimac. Nada tiene de notable su interior con respecto á la arquitectura. En cuanto á su decoracion es mas que mediana. Aseguran, sin embargo, que era un edificio magnífico antes del temblor de



tierra que lo destruyó en 1687; pero desde aquella época fué reedificado medianamente, y los actuales presidentes del Perú habitan poco en él para que puedan tener cuidado de su medianía. El primer palacio de los vireyes, en el que fué asesinado Pizarro, se hallaba al lado occidental de la Plaza Mayor, en el sitio ocupado hoy por el *callejon de los Peta-leros*.

Se debe al virey, marqués de Salvatierra, la hermosa fuente de bronce que adorna el medio de la Plaza, y que surte una parte de la ciudad. Esta fuente está coronada con una estatua de la Fama. Sale de ella un abundante chorro

que cae en dos cubetas de tamaño desigual que llenan una pila, alrededor de la cual hay siempre una bulliciosa cuadrilla de *aguaderos*.

La Plaza Mayor presenta por la mañana á la hora del mercado el punto de vista mas pintoresco. Allí se ve hor- miguear una multitud de personas de todos los matices in- termedios desde el blanco hasta el negro; los indios de los alrededores vestidos con los *ponchos*, especie de ropon que llevan como una dalmática: allí acuden en tropel á vender sus frutas y legumbres de toda especie, porque el clima del pais es favorable igualmente á los frutos de Europa y á



Trages de los habitantes de Lima.

los de los trópicos. Mercaderes de comestibles preparan en parrillas las chuletas de cerdo, las longanizas, las salchichas, y venden la *mazamora*, cocimiento de maíz preparado con miel; *picantes*, pasta formada con varios ingredientes; patatas, nueces, y por último la *chicha*, bebida favorita del pueblo, y hecha con maíz fermentado y machacado como el *caba* de los salvajes de la Oceanía. Las fresqueras tienen puestos rodeados de bancos de madera y donde vienen las gentes á sentarse para tomar helados, jarabes de ananas, naranjas y granadas.

## II.

Las mugeres de Lima no han adoptado todavía las modas europeas. Su trage es original y variado.

La indiana atrae las miradas por los brillantes colores de su vestido, por la espresion de su fisonomía y el estrordinario arreglo de su cabellera separada en mil trencitas y coronada con un sombrero de paja de color cuya copa está adornada de cintas. Algunas indias llevan todavía hoy el luto por el último Inca, lo que consiste en coser sencilla-



mente sobre un costado de la falda una tira perpendicular de una tela oscura.

La limeña propiamente dicha se distingue por la elegancia de la *saya* y del *manto*. Sujeta al tallé su manto de seda negra que se levanta por la estremidad hasta la punta de la cabeza: recoge con una mano diestra este manto sobre su rostro de modo que lo cubre todo entero, dejando, sin embargo, en frente de uno de sus ojos una estrecha abertura que la sirve para dirigir sus pasos. La punta del

chal encerrada por detrás en este manto deja enteramente descubierta la cintura. La *saya* es una falda de seda sujeta al tallé y fruncida por bajo: de aquí se aleja del cuerpo despedida por un vestido interior fuertemente engomado que equivale á los miriñaques de hoy y cae con gracia formando mil pliegues semejantes que van ensanchando desde su nacimiento á su base. Los colores mas usados para la saya son el azul, el negro y el verde esmeralda.

Todas las mugeres, cualquiera que sea su posicion social,



Vista de Lima, capital del Peru.

se calzan con extremo cuidado y delicadeza: sus medias son generalmente de seda de color de carne, sus zapatos de raso blanco.

Los diferentes colores de los hábitos de los frailes añaden un efecto pintoresco á la ciudad.

Los conventos de Lima merecen llamar particularmente la atencion del viagero. El de San Francisco, encierra una grande iglesia y tres capillas consagradas á diferentes objetos de piedad. La iglesia principal está ricamente adornada, los altares están dorados con esmero: uno de ellos parece dedicado esclusivamente á los negros: las imágenes de los santos que lo decoran representan negros. Encima de la

puerta principal y frente á frente del altar mayor hay un vasto espacio que forma el coro cuya sillería es de cedro, y tanto ésta como las maderas que cubren la pared hasta cierta altura, están cargadas de esculturas y bajos relieves de la mas perfecta armonía y bien acabados detalles.

Hay en el convento tres patios rodeados de dos pisos de galerías formando arcos. La ornamentacion de estas galerías es de estuco: los techos están forrados de maderas esculpidas. A cada uno de los extremos de estas galerías hay un altarito dorado y adornado de algun lienzo negro donde á pesar de la espesa capa de barniz petrificada por el tiempo se puede ver algun santo ó alguna Virgen de los Dolo-



res. Una série de cuadros muy medianos sacados de la vida de San Francisco de Asís decora la parte superior de una galería baja: el resto de las paredes y los pilares desaparece bajo los azulejos en que hay pintados caprichosamente arabescos de muchos colores de increíble variedad.

En el mas grande de los patios hay un jardín cerrado por verjas de hierro colocadas entre las arcadas inferiores. Un gran surtidor de agua cuyo chorro viene á caer sobre tres conchas de desigual tamaño ocupa el centro. En los ángulos hay otros cuatro surtidores de agua mas pequeños que vienen á caer sobre espesas matas de *lucuma succha tinimoya*.

Ningun ruido perturba la paz y el silencio de aquel pequeño eden donde las flores de Europa mezclan sus suaves olores con los penetrantes perfumes de las de los trópicos: solo algunas veces los suspiros del órgano y el grave cántico de los frailes se alzan de la iglesia inmediata y suben al cielo con el murmullo del agua, el gorgoeo de los pájaros y el incienso de las flores.

El convento de Santo Domingo es el mas rico y el mas hermoso de los conventos de Lima. En la iglesia, á la derecha del coro, se ve un altar dedicado á Santa Rosa, la única limeña que ha sido canonizada hasta hoy. Una bella estatua de mármol blanco ejecutada en Italia y cuyo autor en vano hemos procurado saber, representa á la santa en el instante en que acaba de morir. Un ángel con las alas desplegadas toca apenas el suelo y levanta el sudario que cubre su rostro: allí cerca yace la rama truncada de un rosal sobre el que se marchita una rosa blanca. La muger y la flor devuelven al cielo la una su último suspiro, la otra su último perfume.

El relicario ocupa la parte superior del altar: está cubierto de delicados cincelados, de incrustaciones y de piedras preciosas.

Los altares del convento de San Pedro están cargados de una profusion de columnas salomónicas de encages, de flores, de festones, de acantos, de pámpanos, de viñas, de ángeles y de quimeras.

En el santuario de Santa Rosa, edificado sobre el sitio que ocupaba la casa donde ha nacido *Rosa de Santa Maria*, se conserva entre otras reliquias la cruz de madera que sobre sus hombros llevaba la santa como Cristo en el Calvario durante muchas horas: la cruz erizada de agudas puntas que colocaba sobre su pecho, algunos bucles de sus cabellos, sus dos tibias y algunos objetos que habian servido para su uso. Los cuadros que adornan esta capilla representan escenas de la vida de Santa Rosa. El que adorna el retablo es un retrato de la Santísima Virgen, pero han roto el lienzo á fin de poner pendientes de brillantes y un collar de perlas á la Madre de Cristo!...

Las alamedas ó paseos no son muy frecuentados hace algunos años. Los días de toros las mugeres vestidas con el misterioso y elegante traje limeño van á sentarse en los bancos de la alameda de Accio para hablar con las gentes de que se llena este paseo que conduce á la plaza de toros. Cuatro filas de sauces le dan espesa sombra, es delicioso sobre todo, por las noches en la época del calor, porque allí se respiran las frescas brisas del río.

Otro paseo mas hermoso, empero menos ventajosamente situado es el que se llamaba Alameda vieja. No se frecuenta, sino hacia el mes de junio, época en que las cabalgatas van

á los primeros cerros de la cordillera para coger la flor amarilla de los *almuñacaes* (especie de narciso). Este paseo, cuyas calles están plantadas de naranjos y adornados de fuentes de bronce dirigen al convento de los *Descalzos*. Hacia el medio de sus costados se hallan dos monasterios de mugeres. Cuando se entra en el paseo por el arrabal de *San Lázaro* se ve á la derecha un gran cercado, cuyas paredes están enriquecidas de adornos de estuco: encierra este cercado un pórtico bastante parecido á un arco de triunfo que debia de estar apoyado sobre una série de arcadas laterales. Se habian destinado estas construcciones á un inmenso baño que debia alimentar el curso del río que se halla inmediato; pero se han interrumpido los trabajos y el edificio sin concluir se arruina, viniéndose poco á poco abajo á cada temblor de tierra, muy frecuentes en aquellos países.

Los grabados que acompañan á este artículo son el mejor complemento de la descripción que hemos dado de la ciudad de Lima y de las costumbres y trages de sus habitantes.

FACUNDO MIGUEZ.

## GALERIA DE LOS PINTORES.

ENRIQUE GOLTZIUS.

Pocos muchachos ha habido mas traviesos en el mundo que Enrique Goltzius, que nació en 1558, en la aldea de Mulbracht, cerca de Venloo, en el ducado de Juliers.

Trajeron un día al travieso niño á la tienda de su padre, que era un pintor de vidrios, en un estado sumamente lastimoso: habíase quemado la mano derecha con unos carbones ardiendo, y una aldeana ignorante le habia comprimido, para curarle al pronto, de una manera tan fuerte la mano con el pañuelo, que desde entonces no pudo jamás abrirla enteramente. Entonces no conocieron este mal, y creyeron que sería uno de tantos golpes como se daba el revoltoso niño, el cual tan pronto se dejaba caer en un canal, tan pronto daba con su cabeza en una olla de agua hirviendo, y tan pronto se atravesaba la nariz con un palo puntiagudo; de manera que era un continuo peligro el que con él tenían sus padres.

Quería éste dedicarle á su oficio con el objeto de hacerle su colaborador, y para esto empezó á enseñarle los rudimentos del dibujo.

Si travesura tenia el niño Goltzius, no era menos su disposición para las artes; así es que un día habiéndole encontrado Teodoro Cornheret, uno de los mas célebres grabadores de estampas, le chocó el modo de dibujar de aquel niño, y tan satisfecho quedó de unas obras que le habia encargado, que propuso al joven tomarle consigo por espacio de dos años.

No era Goltzius por carácter persona que pudiera adquirir un compromiso por tanto tiempo, y someterse á sujeción alguna; así es que aquel largo aprendizaje le asustó, y quiso mejor estudiar solo el grabado en su casa; siendo tal



la maña y la aplicacion que desplegó, que llegó á ser tan hábil en el grabado que aquel mismo Cornheret que quería tenerle en un principio como un discípulo, le tomó después como un colaborador.

Cornheret había llevado una vida muy aventurera; había recorrido la Italia; y habiendo sido hecho prisionero por los españoles en el Haya, había huido á Harlem, y estableciéndose en Cleves; no volviéndose á aquella ciudad hasta que la república holandesa hubo logrado sacudir el yugo de los españoles, y entonces no solamente volvió á abrir su estudio de grabador en la ciudad de Harlem, sino que fué nombrado secretario de los estados de la provincia. Entonces invitó á la familia de Goltzius á que se estableciese en aquel punto; y el joven Enrique, de edad entonces de poco mas de diez y ocho años, trabajó al lado del que años antes al verle había adivinado su talento, y que le honraba con ser uno de sus comprofesores.

Tres años llevaba Goltzius en Harlem, cuando se enamoró de una viuda que ya tenía un hijo llamado Jacobo Matham. Goltzius conservaba siempre su carácter, y así es que apenas había contraído aquel matrimonio, cuando se vio pesadoso de él, y lloró su perdida libertad de artista.

Hallóse, pues, casado á los veinte y un años, precisado á renunciar al ensueño de su vida, á sus tradiciones, que era el viage á Italia; y de tal modo se apesadumbró, que cayó peligrosamente enfermo. Por espacio de tres años empezó á escupir sangre, y los médicos al verle tan débil y tan lánguido, desesperaron de su salvacion. El entonces, viéndose desahuciado, quiso si había de morir, al menos morir teniendo el consuelo de haber visto las bellezas de Roma.

En 1590 se embarca en Amsterdam para Hamburgo, acompañado de un criado, dejando en su casa á sus discípulos, y á su impresor é hijastro Jacobo Matham, al que había enseñado el arte del grabado, y que debía ser un día uno de los mas célebres maestros de este nobilísimo arte.

Una tempestad que experimenta durante su travesía, le hace mirar con horror los viages por mar; y sin mas compañía que su criado, cual verdadero artista, visita á pie las primeras ciudades de Alemania; y ora sea el aire puro, ora el ejercicio desahogado á que se dedica, su salud, lejos de debilitarse se robustece, desaparece la melancolía que reinaba en su semblante, y un buen humor y una alegría completa vuelven á su alma como en los dias de las travesuras de su infancia.

Siguiendo siempre su genio, en las posadas donde encuentra otros pintores y artistas, hace que su criado haga el papel de amo, y fingiéndose con una profunda ignorancia de las cosas del arte, representa el papel del doméstico, oyendo tranquilo el juicio que se hace sobre sus obras, sabiendo distinguir lo que inspiraba el verdadero deseo de la sana crítica, de lo que dictaba la rivalidad ó la envidia. Lleva tan adelante su incógnito y el proyecto de representar el papel de su criado durante su viage artístico, que habiendo recibido diversas invitaciones para comer en varios puntos, porque la fama y celebridad de sus estampas había llegado á todas partes, es el criado el que concurre en vez de él á la mesa de los nobles señores y artistas, y con su dinero devuelve aquellos convites en las posadas en que vive, y mientras hace sentar á la mesa y representar el papel de anfitrión á su criado, él se mantiene modestamente á cierta distancia, riéndose de los continuos cumplidos que se diri-

gen al criado sobre la magnificencia del festin con una servilleta al brazo y sirviéndole los platos.

Al llegar á Munich, deseando conocer al ilustre grabador Juan Sadeler, cuyas obras él había admirado, no se presentó como un grabador, como un compañero en el arte, sino como un mercader de quesos que viajaba para su comercio con uno de sus amigos. Recayó la conversacion sobre grabados; se habló de las estampas de Goltzius, y Sadeler hizo un grande elogio de ellas, callando el verdadero autor, mientras que el criado aleccionado por el artista sostenia con facilidad la discusion como de camarada á camarada.

Para no desmentir su personage, Goltzius prometió á la muger de Sadeler remitirle unos quesos de Holanda, lo que efectivamente verificó haciéndolos venir de Harlem.

Fácil es conocer los infinitos y divertidos episodios que tendria en su viage nuestro artista caminando de este modo. Enrique Goltzius visitó la Italia así: estuvo en Venecia, en Bolonia, en Florencia; entró por fin en la gran ciudad de Roma, por la que suspiraba muchísimo tiempo había. Allí se consagró á la admiracion de las obras maestras del arte; allí se absorbió de tal manera en el estudio, que podía decirse que su alma se había escapado de su cuerpo. Cual un simple estudiante se puso á copiar con aplicacion los mas bellos modelos de la antigüedad, asombrando á los artistas romanos por la facilidad de su talento, lo mismo que el aldeano del Danubio había asombrado al senado romano en otro tiempo por su elocuencia.

Dos terribles plagas pesaban entonces sobre la Italia, el hambre y la peste. En todas las calles, en todas las plazas de Roma se veían infelices que espiraban al contagio ó perecían de hambre, llenando con sus ayes dolorosos las calles y los caminos públicos. Ni aquel horrendo espectáculo, ni los miasmas pestilentes que infestaban el aire, pudieron separar á Goltzius de su trabajo y de su estudio. Dibujó las mas hermosas estampas de Roma, las que luego después grabó en Alemania.

Una de las diversiones que tenia Goltzius en Roma era mezclarse al grupo de los curiosos que se detenían delante de las tiendas de los mercaderes de estampas, á oír alabar sus obras unas veces y criticarlas otras. Aceptaba las críticas racionales y justas, modificaba por ellas su estilo, y se reía y despreciaba las que dictaba la malevolencia y la envidia.

Había entrado en Roma Goltzius el 10 de enero de 1591, y á fines de abril del mismo año, á pesar de su afición al estudio, á pesar del entusiasmo que le causaba la ciudad eterna, tuvo que abandonarla, porque los estragos de la peste eran cada dia mayores.

Salió para Nápoles con uno de sus amigos, Juan Matthissen, platero, y un caballero de Bruselas llamado Felipe Van-Binghen, distinguido anticuario. Los tres se habían vestido groseramente para no llamar la atencion de los bandidos, que infestaban entonces los caminos. Goltzius continuaba, segun su costumbre, guardando el mas riguroso incógnito aun para con sus mismos amigos, estando únicamente enterado del secreto su criado. Hacíase llamar por sus compañeros de viage, Henri Bracht. Era una cosa muy singular y curiosa lo que le ocurría frecuentemente con Felipe Van-Binghen, que manifestaba de continuo el gran pesar que tenia de no haber podido encontrar en su



viage al sublime grabador á quien tenia tanto interés de conocer, y para el que habia recibido cartas de un amigo suyo, Ortelero, célebre geógrafo de Amberes, en las que no solamente le decia que Goltzius se hallaba en Nápoles, sino que le detallaba las señas exactas con las que podria encontrar al célebre grabador de Harlem, hablándole no solo de su fisonomía, sino de su mano estropeada, señal con la cual facilísimamente podria reconocerle. Apenas podia contener la risa Goltzius, obstinado siempre en guardar su secreto. Mathissen, aun cuando nada le hacia sospechar el misterio, habia reparado en que aquel hombre hacia algunas veces observaciones tales sobre los objetos de arte, que eran muy superiores á la condicion que mostraba su humilde trage y condicion. Así es que no pudo menos un dia en que el caballero Van-Binghen se lamentaba de no poder encontrar al que tanto deseaba conocer, de decirle:

—¡Aquí teneis á Goltzius!

Van-Binghen, á quien el artista en su grosero trage le parecia un hombre comun, olvidando que él mismo por un exceso de precaucion iba tambien vestido pobremente, no quiso creer nada y respondió:

—Yo hablo de Goltzius, de ese famoso grabador holandés.

Viendo Goltzius que Van-Binghen juzgaba al hombre por el trage, no pudo menos de soltar una gran carcajada, y decirle con un tono muy solemne y ceremonioso:

—Señor Van-Binghen, no lleveis á mal que Goltzius se atreva á marchar á vuestro lado.

—No sois Goltzius vos, replicó Van-Binghen, y aun le amostazó un poco de que tratasen de burlarse de él.

Quedaron así las cosas; pero cuando llegaron aquella misma noche á Terracina, Goltzius le hizo ver su mano estropeada por la quemadura y fuerte compresion que habia recibido en su niñez, y de que ya hemos hablado, y al mismo tiempo sacando su ropa de la maleta, le hizo ver las iniciales H. y G. enlazadas, que formaban frecuentemente el monograma con que firmaba sus estampas.

Entonces Van-Binghen, lleno de júbilo y alegría, se arrojó al cuello del célebre y extraordinario artista entusiasmado de haber estado tanto tiempo antes á su lado y tratándole, maravillándose de haber sido amigo íntimo sin conocerle del hombre á quien con tanto afán andaba buscando.

En Nápoles Goltzius y sus dos amigos se entregaron con el entusiasmo de artistas á recorrer las maravillas que hay en sus museos, y las preciosas curiosidades que presenta la naturaleza en aquellos ricos contornos. En Nápoles copió Goltzius con grande aficion y entusiasmo numerosos trozos de escultura griega y romana conservados en aquella capital, y enriqueció sus talentos de dibujante, porque el grabado no es un arte que pueda practicarse yendo de viage. Para volver á Roma, se embarcaron en una de las galeras del papa, y yendo en ella, el célebre artista dibujó los remeros medio desnudos que se empleaban en las maniobras marítimas, espresando con una exactitud inmejorable el movimiento de sus músculos y su interesante fisonomía. Una tempestad hizo arribar la galera á Gaeta, y Goltzius, ya disgustado desde mucho antes de los viages por mar, hizo el resto del camino á pie y volvió á Roma.

Entonces abandonó ya el incógnito; no era su criado el que representaba el papel del célebre artista, sino él mismo,

y visitó á los padres jesuitas y los célebres artistas que se hallaban en la capital del mundo cristiano, de los que hizo los retratos.

Estuvo en Roma un poco de tiempo; pero el 3 de agosto de 1591 marchó á caballo para Bolonia, acompañado de su amigo Juan Mathissen, con el objeto de ir á hacer conocimiento con el mas ilustre grabador de su tiempo, el famoso Agustin Carrache. Desde Bolonia, Goltzius fué á Venecia volviendo á tomar otra vez su antiguo método de hacerse el desconocido; así es que cuando un pintor veneciano, instruido de la llegada de Goltzius, aseguró que reconoceria al habil artista sin mas que ver su fisonomía y su porte, Goltzius quiso hacerle ver que se equivocaba, y dispuso que se le adelantase su amigo, Juan Mathissen, hombre de alta estatura y buenas trazas.

Al verle, el veneciano exclamó:

—He aquí el Júpiter del arte.

Y despues de las fórmulas corteses usadas en la política, y haber hablado algun rato del arte, le pidió como un insigne favor un dibujo hecho por su mano.

Mathissen accedió á la cortés petición de aquel hombre á quien todo se le hacia poco para obsequiar al que creia el célebre grabador de Harlem, y Goltzius hizo en honor de su camarada un dibujo sobre el que puso su firma, y que el pintor fisonomista guardó como una curiosidad, dándole muchas gracias en presencia de los demas compañeros suyos, que enterados de la chanza, no podian menos de sonreirse. Sin embargo, temeroso de que aquella burla produjese algun disgusto serio y pudiese ser fatal al artista burlesco, atendiendo al genio violento y vengativo de los venecianos, estuvo allí poco tiempo y determinó volverse á su pais, pasando por Trento y Munich.

Al llegar á Harlem Goltzius, de donde habia salido tan débil y tan lánguido que todos esperaban que hubiese perecido en el camino, causó general sorpresa por la robustez que habia recobrado en el clima de Italia, por los animados colores que brillaban en su rostro y sobre todo, por el buen humor que manifestaba. Desgraciadamente no fué de larga duracion este estado de prosperidad física. El clima húmedo de Holanda le era contrario, y mas que nada los disgustos y sinsabores que experimentó dentro del hogar doméstico, disgustos y sinsabores de que se habia visto libre en su extraordinaria y aventurera expedicion. Así es que aquel hombre volvió á recaer en su antigua enfermedad de abatimiento y debilidad. El trabajo asiduo á que se entregaba todos los dias grabando los dibujos que habia recogido en sus expediciones artísticas, hicieron decaer su salud, en términos que los facultativos le prescribieron el régimen de leche de cabras, y despues, aumentada su consuncion, le hicieron alimentarse con leche de muger. Aquella naturaleza fué debilitándose de dia en dia hasta que vino á apagarse lentamente el dia 1.º de enero de 1617, siendo enterrado en la iglesia mayor de Harlem.

Habia formado excelentes discípulos que consiguieron grande celebridad, tales como Jacobo Mathan, su hijastro, Pedro de Jode, Jacobo Ghein y Juan Muller.

Jamas grabador alguno en sus obras llevó tan adelante el genio de la imitacion. Goltzius se habia propuesto imitar sobre el cobre las maneras de los mas grandes maestros, á saber: Rafael, el Parmesiano, Jacobo Baroque, Alberto Durer y Lucas de Leyde. Sus grabados tan perfectamente



MUSEO DE LAS FAMILIAS.



Lit. de J.J. Martinez,

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.

Copia del cuadro de Goltzius.